



Misa para las Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de Alicante

San Nicolás, 25 de marzo de 2021

Las personas que hoy nos congregamos en la Concatedral de S. Nicolás, en cuanto acto pensado y convocado por la Junta Mayor de la Semana Santa de Alicante, hemos venido a disponernos para vivir mejor las celebraciones des estos días santos, en nuestras Hermandades y Cofradías de la ciudad.

Y en este día, Solemnidad de la Asunción, la liturgia de la Iglesia quiere hacernos recordar el momento en el que el arcángel Gabriel fue enviado a Nazaret para anunciar a María que sería la madre de Jesús. Es significativo que, mientras nos acercamos a la Pascua, a los días santos en que conmemoramos el cumplimiento de la vida y la misión de Jesús en su pasión y Cruz, podamos recordar como comenzó todo.

Los momentos decisivos de nuestra Salvación, que culminarán en la celebración de la Semana Santa ya inminente, se iniciaron en una joven que vivía su vida ordinaria en una pequeña aldea, y sobre la que se había posado la mirada de Dios: María desde su concepción fue elegida para ser la madre del Salvador. Por ello el ángel puede decirle: “Alégrate, llena de gracia”. María está verdaderamente llena del amor de Dios, y ha correspondido a ese amor con una adhesión total, como acabamos de escuchar en el Evangelio. En el diálogo que sostiene con Gabriel comienza realmente el Nuevo Testamento. Ahí acaba el tiempo de la espera; se cumplen las profecías, y la salvación entra en el mundo, en nuestra historia.

De las palabras del ángel me permito destacar su petición: “No temas, María”. Palabras que seguro penetraron en su corazón y que en distintos momentos, con certeza, las recordaría y volvería a acoger. Como en el encuentro camino del Calvario, y luego al pie de la Cruz; cuando parece que todo está acabado, y elle escucha en su interior, una vez más la voz del ángel: “No temas”. Y, así, con entereza está al lado de su Hijo moribundo y, sostenida por la fe, va hacia la Resurrección.

“No temas”. María nos dice estas palabras también a nosotros, especialmente en estas presentes circunstancias, cuando nuestro mundo está profundamente afectado por tantos miedos; la pandemia –aunque la cosa viene de atrás- los ha destapado exponencialmente. Un mundo que había desarrollado fuertes sistemas de seguridad, a lo largo de este último año, ante lo desconocido, ante el sufrimiento sin remedio a mano, en el momento de la última soledad, de la muerte, no ha tenido seguridad humana que le pudiera proteger, ni salvar.

Si contemplamos a Jesús de Nazaret entre los olivos del Huerto de Getsemaní, descubrimos su experiencia de un miedo angustioso y aterrador. El Evangelio nos sitúa ante la tristeza y la angustia que sintió el Señor cuando se acercó a la Pasión. Humanamente y espiritualmente nos podemos reconocer en Él, una vez más. Jesús lo afrontó con oración y con abandono en el padre. Busca en Él explicación y comprensión, acogida. El Señor, sintiendo tan terrible sensación, en soledad además, experimenta que sólo la confianza en su padre le abrirá a la capacidad de liberarse del miedo, y que entregar su propia vida le permitirá atravesar el terror que le hace sudar sangre.

Así nos enseña que la mirada creyente al miedo nos posibilita contemplar una evidencia en nosotros: la confianza, la oración, el abandono en manos del Padre y la entrega de la propia vida nos liberan de todo miedo. En muchas ocasiones no podremos hacer que desaparezca, ni superarlo, pero podremos atravesarlo si nos sentimos y sabemos acompañarnos por Jesús que vivió sus propios miedos, no obstante los cuales se abandonó en la voluntad del padre; y que hoy nos dice a nosotros, a cada uno: “No remas, yo estoy siempre contigo”. Podemos caer, pero al final caemos en las manos de Dios, y las manos de Dios son buenas manos.

María en la Anunciación, nos manifiesta el texto de S. Lucas, que también duda y pregunta, pero que esto, que lo que demuestra es que es una interlocutora atenta, lúcida y libre, hace que se abra a la lucha de quien se esfuerza por hacer la voluntad de Dios, manifestándole un sí total y absoluto: “Hágase en mí según tu palabra”; un sí que recorre toda su existencia, hasta el momento junto a la Cruz, y hasta la soledad del Sábado Santo. Así, aunque la tierra tembló, aunque el sol se oscureció, aunque el velo del templo quedó rasgado, María permaneció en pie junto a su Hijo, más allá de su indescriptible dolor. Mientras todos huyeron presa de miedos y espantos, ella materializa su sí, su aceptación hecha entrega, como acaba de hacer su Hijo, entregando su espíritu en manos del Padre, ofreciéndole su último y definitivo aliento.

Las lecturas de la misa de hoy; Solemnidad de la Anunciación, nos muestran precisamente ambas ofrendas a la voluntad del Padre, la del Hijo y la de su Madre. La del Hijo en el texto de la Carta a los Hebreos (Hb 10, 4-10), como si fuera una declaración de intenciones del mismo Cristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de la Encarnación, y esto como relejendo el salmo 39 –empleado en la liturgia de hoy como Salmo responsorial- : “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. Y la de María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra” (Lc 1, 38). Como dijo Papa Francisco comentando este texto: “el <<sí>> de María abre la puerta al <<sí>> de Jesús”. “Este <<sí>> que va con Jesús toda su vida, hasta la Cruz” (4-IV-2016). Este <<sí>> de María que se consuma, también, en el Gólgota.

El Señor y su madre nos invitan a decir, también a otros, ese sí, que a veces resulta difícil. Sentimos la tentación de preferir nuestra voluntad, nuestros ilusorios sueños, nuestra mortal comodidad; pero ellos nos dice: “¡Se Valente, di también tú:

Hágase tu voluntad!". Desterrad el miedo, confiad en el señor; Él completará la obra que ha iniciado en cada uno de vosotros, el hará fecunda vuestra vida capacitándonos para morir a vosotros mismos, y haciendo de vuestra existencia ofrenda para Dios, alimento y sustento para los que Él os ha confiado y puesto en el camino de vuestras vidas. Apoyaos en y amor, seguid adelante; experimentad el apoyo suyo en el amor y la comunión de los Santos que el Espíritu hace revivir, constantemente, en la Iglesia.

Queridos hermanos, que la Semana Santa que estamos a las puertas de volver a vivir nos de la luz y la fortaleza para seguir la voluntad de Dios en nuestras vidas. Que para ello nos dispongamos a acoger la gracia que fluye en estos días santos en la Palabra de Dios, en os ejercicios piadosos y actos de nuevas Hermandades y Cofradías, en los Sacramentos y celebraciones litúrgicas de nuestras parroquias y sedes canónicas, especialmente en el sacramento de la Penitencia y en la Eucaristía; en definitiva, en el encuentro con el Señor en una Semana Santa, limitada en lo exterior, pero rica en hondura e interioridad luminosa y consoladora en tiempos de especial necesidad.

Recordemos para nosotros, cristianos, la cruz es Jesús, y en nosotros gracias a Él, camino y puerta de la Resurrección. Y lo es porque aquella cruz suya, aquel Viernes, quedó transformada por su amor; de lugar infame e ignominioso pasó a ser signo de su amor y entrega absoluta por nosotros; lugar de esperanza y de perdón.

Por ello, en tiempos de interrogantes y sufrimientos, seamos gente comprometida en volver a Dios, tan olvidado; en volver a la verdad de nosotros mismos, viviendo estas presentes circunstancias como oportunidad de renacer a la fe, para ser así portadores de ayuda, ánimo y consuelo; auténticos "cireneos" en tantas pasiones dolorosas que tenemos cerca, también "cireneos" de tantos servidores del prójimo, cuidadores de nuestros ancianos, profesionales sanitarios y de servicios que atienden de tantas formas a nuestros conciudadanos.

Que nuestras Hermandades y Cofradías sigan llenas de hombres y mujeres que, siempre, os sintáis queridos por Dios en la persona de su Hijo encarnada, Jesús. Y. por ello, fervientes testigos de su amor y portadores de esperanza. Y que la Santísima Virgen, que vivió en su soledad y dolor llena de fe al pie de la Cruz, como hemos recordado. Sea el gran modelo de entereza y entrega en estos tiempos de interrogantes y necesidades. Que su amor de Madre sea vuestro remedio, llenando vuestras vidas de su luz y su consuelo.

Junta Mayor y queridos miembros de las Hermandades y Cofradías de nuestra ciudad de Alicante, tan rica gracias a vosotros de celebraciones solemnísimas de la Semana Santa durante generaciones; no perdáis la esperanza. Nos toca sufrir el que no podáis compartir el tesoro que custodian vuestras corporaciones, pero tiempo vendrá, con la ayuda de Dios, de que esto volverá a ser posible. Que no decaiga la ilusión que seguís atesorando. Todo volverá a ser, si cabe más auténtico y según la voluntad de

Dios. Mientras, muchísimas gracias por vuestro testimonio de creatividad y constancia. La Agenda Cofrade ha habéis publicado sigue siendo muestra de ello. Gracias.

Por tanto, a seguir, firmes, constantes, ilusionemos. En tiempos de oscuridad, el Señor sigue siendo nuestra luz. Con Él, la vida y la resurrección con nuestra meta. Buena y Santa Semana. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.